

cela) y el *ellipsiprymna* (el kobo de media luna), la cabra montés es la *Capra sinaitica*. De estos cuatro animales sólo subsistía en tiempo del imperio medio la gacela Ariel y en el nuevo imperio desapareció por completo la cría de los antílopes. El culto de los animales fué causa, además, de que los egipcios entraran en relaciones con una porción de los que hacían vida salvaje, como por ejemplo el cocodri- lo, el icneumón y el ibis, que eran criados en los corrales de los templos, debiéndose quizás á esto la domesticación del gato que por varias razones se quiere atribuir á los egipcios. En cambio otros animales importantes fueron llevados al país del Nilo desde otros territorios: el caballo no aparece en los monumentos egipcios hasta la décimo octava dinastía y después de una interrupción durante el tiempo en que ésta dominó, motivada por la invasión de los pastores, lo encontramos como animal doméstico común. No sucede lo propio con el asno, pues ya en una inscripción de la cuarta dinastía vemos mencionado un rebaño de 760 de estos animales que en el «antiguo imperio» debieron ser muy abundantes. Esto corresponde también al hecho de que el Génesis habla de asnos y no de caballos que en cambio son comunes en el Exodo. El camello que para los actuales egipcios es uno de los animales más importantes como bestias de carga, por su leche, por su pelo y hasta por su carne, era desconocido para sus antepasados, quienes tampoco conocían el búfalo. El buey con ser de muy antiguo indígena en el país del Nilo, como lo demuestra la adoración del dios con cabeza de toro, fué probablemente importado en él desde el Asia, pudiendo decirse otro tanto del búfalo.

CAPÍTULO IV

OJEADA SOBRE EL CÍRCULO DE PUEBLOS ERITREOS

«Las invasiones á menudo repetidas de un pueblo dentro de otro, como las que observamos en los habitantes de la península arábiga que se encaminan á los países africanos que enfrente de ellos se extienden, acaban por hacer, en el fondo, de dos territorios uno solo.»

Los pueblos del mar Rojo. — Estructura corporal. — Dualismo de cualidades. — Arabes de color claro y de color oscuro. — Mezclas con negros. — La noción de los nubas. — Los egipcios. — El tipofellah. — El elemento oscuro de Abisinia. — Análisis de razas de Ruppell. — Mezclas extranjeras. — Semitas en Egipto. — Invasión de los hyksos. — Los judíos. — Los árabes. — Origen del antagonismo entre las razas urbanas y rurales en Egipto. — Mezclas turcas y otras. — Unión de Nubia y Egipto. El arquetipo etíope no es más que un producto de la fantasía. — Las nociones egipcias «Kusch» y «Chont». — Invasión de los egipcios en la Nubia meridional. — Nubia como colonia egipcia. — Independencia de Nubia. — El arte y la civilización egipcios con ropaje nubio. — Meroe. — Barka. — Florecimiento tardío y decadencia. — Sennar. — Inmigración árabe. — Los hyksos de Nubia. — El reino de los fundches. — Formaciones de pequeños Estados independientes. — Damer. — Melik. — Transición al estado actual. — Relaciones himiaríticas y sabéicas con Abisinia. — La leyenda de los automoles. — Influencias griegas. — Azum y Adulis. — Cerramiento de Abisinia por el mahometismo. — Los árabes en el Africa este-ecuatorial. — Zanzibar y otras fundaciones más antiguas. — El comercio de esclavos. — Mezcla de razas. — Arabes colonizadores y árabes conquistadores.

El Africa oriental desde el istmo de Suez hasta más allá del trópico Sud constituye un territorio de relaciones recíprocas africanas asiáticas: la costa Este de Africa es el país histórico de este continente en mucha mayor escala que el borde septentrional; por su situación y por las condiciones de distancia está destinada á ser la playa en donde van á

romperse las olas de pueblos procedentes del Asia. Las invasiones de los hyksos en Egipto y las expediciones de los árabes al Nyassa son eslabones de una cadena que se extiende desde el extremo Norte hasta casi el extremo Sud y que arrancando de dos mil años antes de J. C. llega hasta nuestros días. Las invasiones y las influencias semíticas han encontrado en diversos sitios favorecidos por la naturaleza, como Egipto, Nubia, Abisinia y Zanzibar, una forma y un destino especiales; además de estos puntos citados hay centenares más pequeños en los cuales se fijaron y movieron las mismas fuerzas. Sirven de punto de partida para decir esto la opinión de que en un país como Africa y los territorios vecinos los acontecimientos históricos se repiten con gran uniformidad gracias no sólo á la extraordinaria sencillez de las condiciones naturales sino también á la gran fijeza de los factores que en ellos entran. Y desde el momento en que vemos en muchos puntos sucesos análogos y á menudo iguales, en cuanto la observación permite analizarlos, bien podemos deducir que en otros á donde no llegaron las observaciones han ocurrido acontecimientos por lo menos semejantes. La repetición de los hechos acaba por abrir profundos lechos á los movimientos históricos, de suerte que donde una vez ha circulado una corriente con facilidad siguen otras el camino por ella trazado. Los choques que se dirigían hacia las comarcas de la costa oriental del Africa no se detenían en ellas sino que se extendían por los territorios del desierto hasta el lago Tsad y el Níger, pasando de largo por el oasis del río y por el de las mesetas, Egipto y Abisinia, sin detenerse en ellos ó á lo sumo, aunque raras veces, sintiendo por ellos cierta simpatía. La afinidad natural y profundamente arraigada entre la península arábiga y los territorios desiertos del Norte de Africa contribuyó á fomentar el cambio recíproco de pueblos en el cual, según todas las probabilidades, desempeñó antiguamente el Africa un papel sumamente pasivo. El hecho de que la costa mediterránea de Arabia prolongada por la costa fenicio-siria penetrara mucho más en el mar que la de Africa contribuyó también á que desde el Norte encontrara un apoyo la asimilación de los elementos étnicos. Los elementos extranjeros que penetraron en este vasto territorio procedían en su inmensa mayoría del Sud, es decir, de los pueblos negros cuyos torrentes cada vez más anchos aflúan al mar de pueblos á los cuales damos el nombre de Eritreos por razón del lugar en que se realizan sus más grandes y más trascendentes movimientos. No debemos tampoco echar en olvido cuánta fué la importancia mercantil de esta angosta porción del mar por la cual las flotas de Ophir navegaban para poner en comunicación el Egipto y la Fenicia con la India, la Arabia meridional y el Africa oriental.

De todos los pueblos que habitan á ambos lados del mar Rojo el más influyente en la época histórica ha sido el de Arabia. Sin embargo el hecho de que en este proceso de confusión que aquí se desenvolvió consiguiera el elemento oriental ó arábigo la preponderancia hasta el punto de que hoy en día domine en todo el Norte de Africa no nos autoriza para deducir que siempre haya sucedido otro tanto. Y si admitimos que también antiguamente partieron los impulsos de los movimientos históricos más bien del lado asiático que del africano, habremos de sentar que casi siempre estos impulsos partieron de los semitas; y así como á éstos no los vemos en Mesopotamia desde un principio como creadores sino como herederos de una civilización, así también pudo esto haber sucedido en otro tiempo en el Sud de Arabia, por lo menos, según se desprende de varios indicios. Recientemente se ha dicho que los kuschi-

tas fueron los antiguos etíopes hamitas y que los antiguos habitantes del Sud de Arabia formaron con ellos una sola raza. Hommel aplica la noción *Kusch* del Génesis á todos los antiguos pueblos cultos de distinta procedencia que residían en los países más tarde ocupados por los semitas y cuya civilización aceptaron éstos. Los testimonios de los antiguos, con ser muy posteriores, no siempre indican un carácter semítico ni aun tratándose de comarcas cuya población está hoy sometida á la influencia árabe. Strabón nos hace la siguiente descripción de los trogloditas que habitaban en el mar Rojo: «Su sistema de vida es nómada y están gobernados por tiranos: están pobremente equipados, se visten con pieles y van provistos de porras. Entre ellos, como entre los egipcios, no sólo hay mutilados sino también circuncidados. Algunos trogloditas entierran á sus muertos atándoles desde el cuello hasta los pies con ramas de arbustos espinosos.» Esta descripción más parece aplicable á los gallas y á los antiguos nubios que á los árabes. Del mismo modo puede verse á los itiófagos de los antiguos en aquella parte de los ababdehs que se dedican á la pesca en el mar Rojo y viven principalmente de los productos de esta industria, preparando también pescados salados que envían á los territorios del interior. Ya hemos dicho antes que en la historia del Sud de Arabia hay muchos detalles que permiten suponer que antiguamente era muy distinta de la de ahora la situación de los pueblos y de las condiciones de cultura. Cabe dudar de que los aditas de la tradición árabe que precedieron al imperio semítico de los sabeos, existente en el Sud de Arabia desde el año 800 ó 1.000 antes de J. C., fuesen hamitas; pero la antigua cultura de la Arabia meridional, excéntrica respecto del círculo de pueblos semíticos, y la decisión con que los antiguos egipcios buscaron allí su origen permiten suponer que, aun en otros territorios fuera de Egipto hubo una serie sucesiva de potencias hamitas y semitas, antiguos portadores de civilización las primeras y jóvenes emigrantes, quizás nómadas, las segundas.

La historia de Arabia, en lo que de ella conocemos, se nos presenta fraccionada y confusa. Zehme comienza su descripción de los árabes con las siguientes palabras: «La historia de los árabes, en armonía con la unidad no real sino aparente de su territorio, no es la de un pueblo que se haya desenvuelto de una manera homogénea: el pueblo árabe no ha sido nunca un Estado, ni un conjunto religioso ni una especialidad en la esfera de la creación y de la imaginación artísticas.» En efecto no hay en Arabia nada que pueda ser comparado con el Japón, ni con la China, ni con Egipto, ni con Abisinia. La tranquilidad y la fijeza, condiciones indispensables de una cultura elevada, faltan en las tres cuartas partes del país poco favorable á una residencia permanente: la Arabia meridional pudo tenerlas temporalmente, pero siempre cayó en manos de los árabes del Norte y del centro, dotados de mayor energía, que muy poco tenían que perder y si bien pudieron formarse así un Estado y una civilización árabes unitarios, siempre hubieron de asentarse uno y otra sobre las ruinas de los desenvolvimientos independientes de la Arabia del Sud cuyo suelo ofrecía mayor riqueza y más favorables condiciones que el resto de la península. Los elementos que se enriquecieron de territorios extranjeros no pertenecían, por lo mismo, á esta civilización de continuo amenazada é interrumpida, sino al pueblo guerrero y amante de la independencia de los árabes convertidos al nomadismo. Por igual razón desde el nacimiento del islamismo que hizo decisiva la influencia de la Arabia central fué la meridional más desconocida aún de lo que en la antigüedad lo había sido.

Si leemos, por ejemplo, á Ptolomeo quedamos admirados al ver en él un conocimiento de la Arabia más profundo y más minucioso del que podemos encontrar en otras fuentes hasta principios de nuestro siglo; casi podría decirse que desde el desenvolvimiento del islamismo ha sido borrada de la historia la Arabia del Sud á pesar de la parte importante que tomó en su desarrollo y propagación con su conjunción de pueblos, con su masa de población, con su ilustración y con sus riquezas. Los actuales árabes del Sud se encuentran tan sometidos á la influencia del elemento arábigo central y á las fanáticas ideas del Alcorán esencialmente arábigo-centrales, que negando su verdadero origen buscan una gloria ridícula pretendiéndose descendientes del centro de Arabia.

El árabe es una grandeza histórica y una noción etnográfica, pero desde el punto de vista antropológico es imposible abarcarlo dentro de límites perfectamente marcados: así nos lo demuestra una simple mirada sobre la actual población de la patria de los verdaderos árabes de la península arábiga. La Arabia no sería el país de tránsito tal como lo hemos descrito si sus pueblos constituyeran una raza más pura y más homogénea de lo que en realidad son. En un país de esta naturaleza y en el transcurso de algunos siglos, pueden haber existido fragmentos de la población que se hayan mantenido alejados de toda mezcla y hayan, por ende, formado un tipo cerrado como el que encontramos en todos aquellos puntos en que los árabes se han aislado de otros pueblos por medio de barreras sociales y más aún religiosas, para lo cual les ayuda mucho el carácter aristocrático que casi podríamos decir es innato en ellos. Así como en todas las ciudades árabes una mezcla abigarrada de razas hace que las poblaciones aparezcan formando un caos antropológico inextricable en el que la sangre negra representa un papel importante, entre los beduinos, es decir entre los árabes nómadas, las mezclas, especialmente con sangre negra, constituyen una excepción y son á sus ojos un oprobio, subsistiendo esta repulsión aun en aquellos puntos en que, como Jambo (que viene á ser el puerto de mar de Medina), el núcleo de la población se compone de beduinos provisionalmente sedentarios. Los escritores franceses hacen hincapié en la dificultad que para el régimen colonial significa la falta de una población mestiza que facilite la aproximación entre colonos é indígenas y esto nos trae á la memoria que la población árabe de Argelia se compone esencialmente de nómadas. La llamada población mora de las ciudades del Norte de Africa no ha demostrado ser inaccesible á los elementos étnicos extranjeros, sino que es, por el contrario, una de las poblaciones más abigarradas que se conocen. También los árabes norte-africanos han recibido con el tiempo algunos elementos berberiscos. Si recordamos el abigarrado cuadro antropológico que ofrecen los llamados árabes del territorio central del Nilo, veremos que el tipo de los habales, por ejemplo, presenta grandes diferencias y desigualdades: unos, tales como los describe Heuglin, recuerdan á los schohos, otros presentan caracteres árabes y yemenicos con su piel de un color de café claro, otros nos traen á la memoria á los bedjas y unos pocos á la raza abisinia con la que, por su idioma, debieran tener la más próxima afinidad. Por esto no debemos construir el modo de ser de una raza árabe cuyos caracteres habría que buscar en elementos mestizos, sino seguir los lindes del grupo mayor tal como resalta entre las muchas variantes. Puestos en este terreno la división más justificada es la en árabes de color claro y de color oscuro.

El color oscuro de la piel de los árabes del Sud es una